



## Inferiores

Leonardo Rossiello<sup>1</sup>

Desde que dejé de trabajar con los chanchos yo nunca había tenido tanta mala pata como esa noche. iba como quien dice malmirado; había perdido la plata del alquiler y el reloj pulsera regalo de la dinora. hasta el 38 corto había perdido, el que usaba para ir a la timba. es que en el bajo, en el bajón, mejor, nunca se sabe. casi me jugué hasta la navaja suiza marinera que me dio yeni, pero le había prometido no perderla ni venderla. la llevaba por cábala; se salvó de la mala racha.

de haber tenido algo de plata me habría ido al queco a sacarme la mufa. pero yo de crédito nada, así que pensé que estaría bien pasar por lo de la dinora, despertarla con besitos, írmele encima y calentarla sólo para que cuando ella estuviera al acabar me rogara que le diera lo suyo. entonces sí, unas cuantas piñas y dejarla como la vez pasada, llorando, feliz y murmurándome elogios. aunque, la verdad sea dicha, me había pasado un poco esa vez.

no se me había dado ni de casualidad en el póquer. por suerte la pasta base andaba escasa en la calle y yo tenía algo, como para salir del paso y entrar en buenas. a lo mejor tendría que ver el modo de hablar con el braian, encargarle que me vendiera la merca y se ganara unos pesos. a ver si se dejaba de cosas, a ver si por ahí hacíamos borrón y cuenta nueva. no tanto porque yo le tuviera miedo a él, un menor: es que andaba en aventuras con el muñeca y con una barra pesada que ya se había endulzado con la rapiña.

había luna, media. serían como las dos, yo había empezado a enrumbar por un camino que daba a la calle, y calle es mucho decir, que va a dar en el cante de la dinora. cada tanto, a los costados: monte y arbustos; grillos y perros. en un

<sup>1</sup> Leonardo Rossiello (Montevideo, 1953). Comenzó su exilio en 1972 y se estableció en Suecia en 1978, país donde aún reside y en el que es docente de la Universidad de Uppsala. Doctor por la Universidad de Gotemburgo desde 1990, ha publicado libros y artículos especializados sobre literatura latinoamericana, además de ser autor de cuatro libros de relatos y poeta. Con su cuento "Bicicletas Románticas", Rossiello ganó el Premio Casa de América Latina del concurso Premio Juan Rulfo en 1996.



repecho, por entre el ramaje, vi que en algunos ranchos tenían velas prendidas. se me hace como si fuera ahora que las estoy viendo. del borde de la cuesta aparecen, al mismo tiempo que los gritos y el bocineo, las cabezas, los cuerpos, las piernas de los planchas de la barra del braian y el muñeca.

no soy pegón, en mis cuarenta años solo le pegué alguna piña a un chanco. en el hocico, porque el chanco si se enoja va para adelante y sólo entiende de recular si le embocás ahí. justamente, la vez pasada yo le había dado una biaba al muñeca y al braian. los humillé; aunque estuviera en la casa de la dinora había que marcar territorio. al fin y al cabo el que estaba atendiendo a la madre que los parió era yo. además, desde que el braian y el muñeca vieron cómo les dejé a la dinora la vez pasada, me la tenían jurada. es que ella no les supo explicar bien cómo eran las cosas. a ella el anterior machucante le daba en frío, así cualquiera. en caliente es otra cosa, sarna con gusto no pica.

eran siete y me vieron. buen momento y mejor lugar para pasarme la cuenta. A veces la vida te da a elegir, como si se formara una i griega, y ya que no se puede volver atrás, es cuestión de agarrar para acá o para allá. eso a lo mejor salva. y esa vez fue algo así, porque sentí dos impulsos: seguir o tomarme los vientos. al principio tenía que seguir caminando: que me hicieran la boleta y a otra cosa. pero a medida que los segundos y yo y ellos seguíamos, me vinieron ganas de pegar la media vuelta y mandarme mudar por entre los árboles, por la bajada que tenía al costado, como para los ranchos, hacia las luces.

uno nunca debería rajar. y menos hacia la luz. uno sólo tendría que avanzar hacia la luz, pero ¿cuántas veces la huida no te salva? en esas viviendas, en esas luces a lo mejor me salvaba o, al menos, habría testigos. capaz que los del braian no me perseguían, por miedo o porque de verdad no había necesidad de tanto rigor. de golpe se conformaban con el gusto de ser jauría y de sentir que podían asustar a un veterano.

así las cosas, el primer impulso fue seguir caminando. no era muy sensato eso, lo iba a hacer por no quedar como cagón, como si a alguien le importara. sí, lo iba a hacer por un sentido del honor que era fácil de confundir con el coraje. entonces metí las manos en el bolsillo de la campera y apreté la navaja. me la había dado mi hija cuando recién empezaba a salir con el braian. se la iba a regalar



a él pero justo se habían peleado y al fin me la dio a mí. después volvieron y se conchabaron. y era cuestión de tiempo: la barriga de la yeni se está llenando y ella a hacerse la distraída. a ver cuándo me lo va a decir. el tipo no la cascaba y la cosa iba bien, ella seguro lo quería. pero flor de resentido, el braian. entre las cosas que me reclamaba está la navaja esa que iba a ser para él, pero yo nada, regalo es regalo y además es muy piola ese corte marinero.

al sentirlo en la mano pensé que en realidad debería abrirlo ya, con la hoja mayor hacia adelante y el punzón para atrás; respiré hondo y seguí, como quien va silbando la canción de los enanos de blancanieves, ahí voy, ahí voy, a casa a trabajar: alegre en lo supuesto y despreocupado, y la barra cada vez más silenciosa, alobándose, desplegándose como en abanico, ocupando ahora todo el ancho del camino.

yo habría continuado rumbo al amasije si ellos no se hubieran descombinado. porque si hubieran tenido siquiera un mandón cráneo, un capitán, alguien que les dijera déjenlo que se acerque, o si se hubieran organizado tan siquiera para la persecución, yo no estaría acá.

es en este tipo de situaciones cuando termino creyendo que la quedamos muchas veces en este mundo, aunque hay como una amnesia, como una marcha atrás antes del espiche que hace que en una bifurcación agarremos otro camino que nos salva de aquella muerte. pero del otro lado, para decirlo de alguna manera, hay un cuerpo ya cerca de la tierra, y el lagrimón de los que nos quisieron. y así, en esa otra bifurcación que nos salvó de la muerte, seguimos con vida. no sé bien a santo de qué ¿se puede saber? quién sabe si de última no es para contarla o para tener otra oportunidad de ser mejor.

yo había dado unos cuantos pasos en el repecho, y los de la barra habían dado otros cuantos hacia mí, cuando uno se equivocó. a lo mejor con eso me salvó. muchas veces es así, no es que uno la haga bien, es que el otro la caga.

quince metros nos separaban. yo sé, porque me conozco, que un yo, de repente el más guapo de los muchos que soy, siguió para adelante. otro yo, el que ahora está contando esto, vio cómo el grupo se callaba, se afieraba, refrenaba los pasos mientras uno sacaba un corte, clac. y vio la hoja, como de refilón, este yo.



entonces, corrió hacia la bajada de matas, enrumbó hacia las casas mientras sacaba la navaja marinera. sin saber bien cómo, saltando sobre los matorrales con la boca ya hecha madera, abrió la hoja mayor para adelante y el punzón para atrás, y con el malón en los talones, llegó hasta un lugar donde se veía un farol sano ahí nomás, alumbrando con una luz débil.

durante ese minuto todo fue como de pesadilla, porque ellos corrían y yo sentía los pasos de la carga en la hojas y las ramas secas, y los gritos, pará puto, te destripamos, cagón, cosas así. un segundo pensé que si ya no me habían tirado era que no llevaban ni un 22. qué inferiores.

tengo metida en el bocho la media luna, bien amarilla entre las nubes, y los ranchos, agrandándose. en realidad no eran ninguna garantía, las casas. podía no haber nadie o la gente estaría durmiendo a esas horas. o estando, y despiertos, igual podían ver, sin meterse, cómo una patota acuchillaba a un hombre. podían no oír mis gritos y si los oían podían no intervenir. y era lo más probable, por desgracia. después pensé que pude haberme metido en cualquier rancho pero en cierto modo era mejor enfrentarlos en la luz, en esa especie de civilización que eran los ranchos y el farol. mejor ahí y no en el camino o en el descampado. pensado desde ahora, fuera donde fuera, el resultado solo podía ser uno. pero fue otro.

ya estaban por alcanzarme porque eran jóvenes y porque corrían no sólo por la venganza prometida sino por una billetera que pudiera darles lo que necesitaban. pero salté la última zanja, pisé el balasto y pronto estuve abajo del farol. me di media vuelta y al enfrentarlos vi que uno, el que casi me alcanzaba, se entrefrenaba, sorprendido.

yo estaba jadeando pero bien plantado, navaja en mano y resuelto a que no me pasaran al escabeche sin pelear. el plancha, el más rápido, el que estaba haciendo méritos para los otros, el de más impulso, el que para su desgracia no pudo parar el que traía, se me vino encima. en una fracción de segundo vi que venía hacia mí ya pegando saltos de frenada. le vi la cara de disculpas, como diciendo perdoná, jefe, voy a tener que chocar contigo por el vuelo que traigo. vi, en una visión que quién sabe si no ha de repetirse en sueños, que no empuñaba nada y cómo al ver mi corte levantaba las manos como diciendo mirá que estoy desarmado, mirá que no es mi intención, no vayas a clavarme eso.



pero fue lo que hice. en el último impulso quedó pegado a mí, con los brazos abiertos, abiertos, como si en realidad sólo quisiera abrazarme. sentí la facilidad con que la hoja le entraba en el vientre. con el brazo izquierdo lo abracé por la espalda, muy suave, como diciéndole querido, querido muchacho, mirá lo que has hecho. olí su perfume fuerte un instante, pero con la otra mano, con la derecha, con la que empuñaba el corte con la hoja hacia adelante, lo cosí a puñaladas. rápido, dándole en partes diferentes no sé si seis o siete veces, y en la última no se la saqué sino que la removí hacia arriba, buscándole el destroce del hígado, a lo mejor del bazo, de las arterias. qué sé yo. y se la dejé ahí, bien plantada.

todo fue rápido como escupida de músico; el estertor del tipo era como un grito ronco. el olor del triperío no me llegó enseguida sino dos segundos después, en el momento del derrumbe. entonces me di cuenta de que los perros ladraban y que el que caía era el hijo de puta del braian. de tanto reclamarme la navaja, al final se había salido con la suya.

mientras el resto de la barra llegaba, yo me retiraba dos, tres pasos, refulando. y sí, las cosas como son: yo jadeaba y sentía que la lengua no me cabía en la boca, pero vi que estaban como asombrados, los inferiores. no creían lo que estaban viendo, tenían los ojos bien abiertos, y el que tenía una navaja en la mano, que era el muñeca, empezó a decir no, no, empezó a arrodillarse sobre el cuerpo que yo acababa de destazar, empezó a decir algo de que le habían matado al hermano, hijo de puta, no, no, no.

tres dieron todavía unos pasos, como para ver si podían espantarme, pero se frenaron y en cambio se volvieron atrás, cerraron un círculo alrededor del caído. estoy seguro de que vieron que yo estaba desarmado y como esperando la venganza, pero no se animaron a atropellarme. yo estaba con una cantidad espantosa de adrenalina en el cuerpo. sentí un impulso furioso: abalanzarme sobre el grupo, caerles arriba aunque fuera a las piñas. si tengo el 38 se lo vacío encima.

uno piensa cosas raras en los momentos bravos. estaban, me dije, como en el cuento del que busca unas llaves perdidas abajo de la luz de un farol porque allí hay luz. me alejé, me metí en el monte. un tiempo todavía estuve oyendo sobre el ladrado de los perros como una especie de aullido que salía del grupo. una vez



me detuve y di vuelta la cabeza y miré, sólo para distinguir entre unas ramas el bulto borroso de los planchas, ya lejos.

entonces sí, me decidí a ir a lo de dinora a limpiarme y de paso a darle lo suyo, a sacudirme la mala espina. no sólo la de haber perdido plata y reloj. tenía bronca porque lo del braian no había sido culpa mía, porque había sido al santo botón, porque ahora sí el muñeca an compani me la iban a dar con todo. si no es que al fin termino por olvidarme del barrio, hacerme humo y aterrizar por otro lado. pero ya se sabe: uno nunca debería rajar.

sí, tenía que verla enseguida, a la dinora. antes de que se enterara; después iba a negarse a coger conmigo. yo la entiendo. habrá sido en defensa propia, pero a nadie le gusta que le apaguen un hijo.